

Capítulo primero

LA CASA

(Quebec, Canadá, 1975)

I

Salí temprano con el chófer y la furgoneta sin despedirme de nadie. Claude, mi ayudante, se queda a cargo del taller y de todo aquello que esta fuga mía pueda dejar en el aire. Porque no se me oculta que huyo... El mural es verdad, pero es, sobre todo, como tantas verdades en mi caso, un buen pretexto; pues lo mismo ella llama o hace por verme calculando que ya se me habrá pasado el cabreo, y yo no estoy en casa. Lo primero, querida, es que no se me ha olvidado lo de aquella noche en Roma. Y lo segundo... Bueno, lo segundo es que todo tiene su lado bueno, y si no estoy allí para oírte tampoco estaré cuando llame ese pelma del Ministerio.

No me gusta recibir visitas en el taller y menos aun objeciones gratuitas. La gente que entra “para ver al artista en su elemento”, según frase del Secretario, se cree en la obligación de expresar su conformidad con las obras acabadas, o todavía en curso, en algún aspecto que muestre su erudición, trayendo en seguida a colación los nombres más famosos del arte para hacer las comparaciones más enojosas –sin ningún escrúpulo, entusiasmados con su propia agudeza–. Desde que el Gobierno me encargó, como regalo de Navidad podría decirse, un mural para

cubrir la fachada del nuevo edificio del Ministerio de Educación, el Secretario que lleva el asunto entretiene su dilatado ocio de funcionario viniendo al taller. Por eso, y por otras razones, decidí trasladarme a la casa de campo sin esperar la llegada del verano.

El chófer me señala algunas manchas blancas en la pradera.

En este país el invierno lo es todo. Un día, cuando menos lo esperamos, nos sorprende en pleno goce del otoño con una espantosa nevada que paraliza cualquier actividad. Al día siguiente espiamos por la ventana: sigue nevando... La nieve cae y sigue cayendo durante casi seis meses. En abril, cuando ya uno se cree en primavera, otra nevada, que puede durar una semana o más, aumenta la angustia y el índice de suicidios.

Uno de estos días, sin transición, empezará el verano. Pienso en un verso de Cernuda: *La primavera nórdica, como el amor, es falsa*. El chófer, tras comentar los pedazos de pradera todavía nevados, calla y atiende a la carretera. Seguramente, al ver embarcar tantos yesos, vaciados, rollos metálicos y paletas habrá pensado que voy a reparar algún tejado o pared en mi casa de campo. Bien está... Hemos llegado al cruce. Ahora dejamos la autopista y entramos en una carretera comarcal. Aquí los ventisqueros son más grandes y hay campos medio cubiertos de nieve.

La verdad, creo que me quedaría con el chófer si tuviera que elegir entre él y el Secretario; esta vez no ha hecho ningún comentario sobre la nieve. Cuando pienso en el Secretario y en el mural... “¿Y cuál será el tema central de la obra? Monsieur le Ministre me preguntó el otro día por ello.” Sin duda, el Secretario debió embarazarse con la pregunta, y sabe Dios qué respuesta farfullaría.

¿Cómo? ¡El encargado de velar por el mural y ni siquiera sabe su tema!

A partir de entonces empezó a interrumpirme asiduamente para estar al tanto de mi trabajo. Le expliqué el motivo que anima al mural: “Suponga usted que la pared lisa del edificio es como una pantalla de cine. Se trata de proyectar en ella una serie de imágenes que sugieran el abandono radical de la criatura humana, es decir, su íntimo desarraigo.” Como viera que el Secretario enarcaba las cejas sin comprender, le hablé de los materiales que pensaba emplear, de las proporciones (aunque él estaba al corriente, pues eran las de la fachada del nuevo edificio del Ministerio), y observando el cambio operado en su rostro —ya más benévolo—, me animé a hablarle del mural como fusión del motivo o alegoría y su expresión plástica. Llegué a mencionar incluso el jardín bíblico y la expulsión de Adán y Eva como origen simbólico de ese desarraigo. Pareció quedar más o menos convencido, y después de esta entrevista se mostró más interesado y dio principio a sus impertinentes observaciones.

No es la primera vez que me desplazo con las cosas del taller a Lesage. Casi todos los veranos lo hago. Julia me ayudaba siempre en esta tarea (mi mujer se llama Julie, pero desde que nos casamos aceptó que la llamara Julia, en español). Ahora espero que madame Desjardins esté en casa con alguien más para colocar todos los trastos.

Cuando llegué al país, hace ya veinte años, solo traía unos cuantos dibujos, un par de óleos y algunos aguafuertes. Entonces mi equipaje cabía en una maleta. Dejaba un taller en el que había creado mis primeros cuadros de cierto mérito y un país asfixiado que aún trataba de olvidar a casi un millón de muertos y exiliados producto de la última guerra fratricida. Cuando comenzó la guerra yo

contaba cuatro años. Al año siguiente, mi familia se mudó a San Sebastián, cerca de la frontera. ¡Tantos muertos! Y luego, tantos dibujos...

Un año antes de venirme al Quebec los destruí todos. No me arrepiento; un artista debe hacer tabla rasa de su obra de vez en cuando. Es, cómo diría, algo higiénico... Aunque la verdad es que entonces leía a Goethe, y el imponente gesto del alemán al quemar sus escritos juveniles me caló muy hondo. Julia, sin embargo, cuando le conté en cierta ocasión este juvenil auto de fe, se enfadó terriblemente, “¿por qué destruirlos? Podías muy bien habérselos dejado a tus padres... Me hubiera gustado saber qué pintabas en aquel tiempo.” La verdad es que desde mi llegada aquí no he vuelto a utilizar la paleta ni el caballete; descubrí que la pintura no es mi camino. Me encuentro más a gusto modelando en arcilla una escultura, o un vaso, o llenando la explanada virgen de un muro. En fin, quizá ella tuviese razón y no Goethe.

Julia... Es extraño. Después del divorcio sentí deseos de verla, “olvidalo todo, perdóname, ese asunto es agua pasada...” Ella no me hizo caso; no accedió a verme ni siquiera cuando le pedí, casi suplicando, que viniera un día al taller con los niños. El juez los había puesto bajo su tutela, y yo abandoné la casa y alquilé un apartamento próximo a un garaje transformado en taller en otro barrio de la ciudad. Pues ni por esas consintió en venir ni tampoco me permitió visitarla. Después de ese rechazo no insistí. Tras todo lo ocurrido en aquellos meses, yo me encontraba muy cansado y solo aspiraba a la tranquilidad; quería trabajar en paz.

La Martinica, Else, las escenas de celos en Montreal... Julia se había agriado sin darse cuenta. Y luego Hélène, y el viaje a París pretextando una súbita exposición, y Julia

empeñada en acompañarme, sabiendo que mentía... Me fui con Hélène sin despedirme. Y luego de París, España e Italia, y todo un mes de delicias que acabaron aquella tarde del otoño romano en que mi amiga salió de compras para no volver hasta la mañana siguiente, acompañada de aquel atleta que tanto se parecía al Antínoo de las estatuas, aunque de carne. En fin, vuelta a Montreal donde me esperaba la demanda de divorcio –Julia tan expedita siempre. Tanto viajar, y ahora en este camión como un caracol, con mi taller a cuestas, hacia la casa de campo.

II

El horno no funciona, olvidé en el garaje las pastas de color y no sé muy bien cómo empezar esta parte.... Mal negocio. Debería haber traído a Claude o no haber venido. Mal negocio... Me pregunto qué cara habrá puesto el Secretario al no encontrarme en casa. Pero ¿cómo no me acordé de que el horno está estropeado desde el verano pasado...? ¿Llamo a Claude por teléfono? ¿Le digo que venga con el Secretario? ¡Leche con el Secretario! Me lo encuentro hasta en las pastas. Julia se reiría de mí, si viniera... Si viniera...

Vaya usted a saber si no andará liada con ése. Monsieur Lerroux dice... A qué tanta solicitud si yo sé cuándo debo exponer. Hay veinte galerías en la ciudad esperando mis obras... Ya sé yo que Lerroux es muy amable, que no todos se molestan en venir con tanta frecuencia. Eso es lo que me joroba, tontita, ¿no te das cuenta? ¿No te das cuenta, Julita mía, tontita mía, que lo que él busca es un cachetito (un cachetazo le daba), un roce insinuante, un “véngase unos días con los niños, esquiaremos en el norte... Los artistas necesitan estar solos de vez en cuando”. Y Julia sabe que yo no salgo porque no soporto el invierno. “¿Le parece bien, Julia, el viernes, con mi esposa...?” (Pobre infeliz, nunca se dará cuenta). Apuesto a que ese cerdo tuvo algo que ver en lo del divorcio. Bueno, pues allá ellos. Dios los cría...

¿Pero por qué me preocupo ahora de Julia? Tengo el horno que no funciona, y me pongo a pensar en ella y en ese imbécil... ¡Pues poco dinero que ganó conmigo! Nada de amistad. Interés. Puro interés... Hace ya quince años de aquella primera exposición. Cuatro dibujos. Y los cuatro vendidos a la mañana siguiente. ¿Qué habrá sido de aquel hombre? Se llamaba algo así como Zumtor o Zintor... Hay como una ventana por la que se asoma el nombre. ¿Zhentor? Si se asomara más... si sacara todo el cuerpo... En fin; yo sé cómo se llamaba. Sí, ¡y dónde había de encontrarlos al cabo de los años!... Antes de verlos en aquel pasillo, me había preguntado multitud de veces por su paradero.

Han tocado. Y la puerta se abre.

—*Oui. Entrez...*

—*Bonjour, Monsieur Galán?*

No está mal, preciosa criatura... Me explica que su suegra, Madame Desjardins, está hospitalizada, ¿Hospitalizada? “*Oui, Monsieur*, está siendo tratada a causa de unas manchas en la piel.” Otro cáncer, seguro... Que ella la sustituirá mientras esté enferma. Que, como Monsieur sabe, ella viene cada tres días. “¿Encontró todo a punto, Monsieur?” Yo creí que había sido Madame Desjardins, siempre previsora, quien había llenado la nevera, cuando llegué la otra noche.

Le digo que sí y le pregunto por su nombre.

—*Anne, Monsieur.*

Y después de saludarme, pasa hacia dentro y se pierde en las habitaciones del piso bajo. Anne. Si Julia estuviera...

III

Ayer vino Claude con un técnico y las pastas. Recordaba la casa, pero no sabía muy bien cómo llegar. “Sal de la ciudad por la autopista del Norte –le recordé–. Cuando hayas cruzado la tercera taquilla, un poco más adelante, coge la carretera Once. Síguela durante ocho millas. Encontrarás un semáforo intermitente y la placa del pueblo. Tuerce entonces a la izquierda y verás el camino. La casa está en la cima de una colina.”

Yo subía del lago, sintiéndome como nuevo tras el choque con el agua fría. Los vi en el jardín. Al notar que al técnico le inhibía mi desnudez, me lié la toalla a la cintura. Hacía un poco de fresco, y los hice entrar.

Subí a mi cuarto mientras les decía:

–Solo un momento, en seguida estoy con vosotros... sí... gracias. En el aparador están las bebidas.

Al llegar arriba me volví.

–¡Claude! Prepara el desayuno si lo prefieres.

A Claude lo encontré en la Escuela hace tres años, cuando me invitaron a dar un curso. Advertí pronto que el muchacho dibujaba con soltura. Un día me invitó a su casa: “Quiero que me dé su opinión sobre algunas telas.” Vivía en el tercer piso de un viejo edificio en el Vieux-Montréal. Era un amplio estudio con ventanas al puerto. Las telas me gustaron. Mostraban un dominio creciente. “Deja la cerámica por ahora –le dije–; lo tuyo es la pintura. ¿Has hecho alguna exposición?”

–No. Fuera de algunas veces que he colgado mis cuadros en el Callejón. Porque necesitaba dinero... –añadió sonriendo, como para excusarse.

El Callejón era un lugar de venta situado allí mismo, en el Viejo Montreal. Malos dibujos y retratos a diez dólares para turistas.

Le animé a presentar sus telas.

–Sí. En la Galerie Laffont, yo lo conozco. (Porque, pensé, si es la primera vez, Lerroux se llevará la parte del león).

Al salir de su apartamento, dos jóvenes nos hicieron señas desde la terraza de un café. Claude gozaba del favor de las chicas; ya lo había notado en la Escuela.

–Martha, Hélène..., os presento al primer escultor de América.

Sonreí, un tanto embarazado. Claude continuó con las presentaciones:

–Martha trabaja en la Oficina Nacional del Film. Hélène...

¿De qué se ocupaba Hélène? Martha se echó a reír... “Hélène se dedica a gastar la principesca mesada que su padre le pasa cada mes...” –explicó con toda familiaridad.

Era en los últimos días de septiembre y los rayos amarillos del verano doraban el adoquinado de la plaza. En casa, Julia me esperaba a las nueve para asistir a un concierto. Claude jugaba con el cuello de Martha. Martha le acariciaba el pelo negro, brillante con el sol de la tarde.

Me quedé mirando el vaso lleno de cerveza –el cuarto ya–. Entonces no los contaba: me seducían las pequeñas burbujas que viajaban por el líquido amarillo. Hélène apoyó su cabeza en mi hombro y yo sentí un extraño regusto. Me habló del verano que moría, de su casa de campo. Curioso... estaba situada veinte millas más al norte

de la mía. El día anterior estuvo en ella. Las peonías del jardín mostraban un feo color rojizo (más bien ocre, rectificó), “como si estuvieran enfermas”. Luego dio un paseo por el bosque. Hojas crujientes en la vereda, troncos podridos que abrigaban abejas y otros insectos. Los arces, me decía ahora rozándome la oreja con la punta de su lengua, los arces se habían transfigurado... miraba arriba y un cielo amarillo cubría su cabeza... Era triste.

Claude y Martha jugaban. Claude se tapaba los ojos. El tramposo dejaba un resquicio entre los dedos. Y Martha colocaba su mano sobre alguno de los objetos de la mesa. “*Le briquet!, le briquet!*”. Luego, fue Martha quien se tapó los ojos, y Claude la estudiaba con detenimiento cerciorándose de que no veía nada. Le pasaba incluso la mano por delante de la cara haciendo signos obscenos... No, no hacía trampa. Y entonces, de pronto, la dejó caer sobre mi vaso de cerveza, salpicándome.

Me di cuenta de que Claude estaba borracho. Miré alrededor y vi la terraza llena. Nuevos clientes habían ido llegando entretanto. Me volví a Hélène, que había retirado su cabeza, y noté que ella me observaba como esperando algo.

Le pregunté si de verdad sufría por el final del verano. Pregunta estúpida, pero yo planeaba el modo de llevar a Claude a su estudio —no quería dejarlo en la terraza, borracho— e irme con Hélène a algún sitio. Julia y el concierto rodaban ya por un pozo negro, olvidados.

Entonces intenté levantarme. Hélène no había contestado a mi pregunta. Me sorprendí al comprobar el esfuerzo que algo tan sencillo me exigía. No estaba borracho, pero sí mareado. De modo que me quedé quieto en la silla.

Iba a llamar a la camarera, “*un café expresso, s’il-vous-plaît*”, cuando sentí una desagradable vaharada con olor

a cerveza y la mano de Hélène que me apretaba el brazo para que viese lo que estaba ocurriendo... Claude se había levantado sin decir nada y ahora, de pie, a mi espalda, farfullaba no sé qué de la exposición. Le dije que sí, que era segura.

—No te preocupes más de eso, hombre... Anda, ¿no ves que Martha te espera?

Pero Claude no escuchaba. Alzó la voz y pronto noté, entre el mareo que me aturdía, un cerco de miradas y sonrisas. La camarera estaba junto a alguien a quien no alcancé a distinguir. Señalaba nuestra mesa. El otro decía que no con las manos. Hélène me rogó:

—Vámonos.

La miré extrañado.

—Vámonos con Claude —dijo.

Miré a Martha. Estaba sacando dinero del bolso. Metí la mano en el bolsillo y cogí la cuenta. Quince con setenta. Dejé un billete. Martha aceptó.

Claude había vuelto a sentarse después del pequeño escándalo. Me alivió comprobar que yo todavía era dueño de mis movimientos. Martha me ayudó, y salimos todos de la terraza cogidos del brazo. Hélène se puso a mi lado. La noté cansada y traté de animarla.

—Me gustaría visitarte en tu casa.

—¿Aquí? No seas tonto... vivo con Yvon.

—¿Yvon Ferland? —pregunté estúpidamente, pensando en un chico de la Escuela.

—No, pregúntale a Claude... cuando se recupere.

No quise seguir hablando. Si nombraba al desconocido Yvon es que no quería saber nada esa noche. Lo cierto es que mi figura no era muy airosa con toda la cerveza que empapaba mis pantalones.

Dejamos a Claude en su estudio. Martha se quedó con

él, y Hélène me llevó hasta una calle del puerto donde me hizo parar un taxi. Nos veríamos pronto –prometió–, y me besó antes de que yo entrase en el coche. Llegué a casa con las primeras luces del alba. Julia no dijo nada...

Dos días después encontré a Claude en la Escuela. Se disculpó por lo ocurrido. Yo tardaría todavía algún tiempo en saber lo frecuentes que eran sus borracheras. Le quité importancia al asunto, y le dije que después de la exposición en Laffont le contrataría como ayudante en mi taller. Aceptó encantado.

Aborrezco las disputas conyugales. Cuando Julia no responde a mis preguntas, o responde demasiado, me enfado terriblemente. Me digo que es tonto actuar así, “cálmate Jaime, no es la primera vez; si consigues estar media hora sin dejarte envolver en la tromba, ella misma terminará por calmarse sola.” Pero entro al trapo, y le digo que no tiene motivo para estar así, y pienso que fui un imbécil al casarme, y doble imbécil al tener hijos, y que me voy a ir a mi país, y ya está... Mis reacciones son siempre por el estilo, me enciendo como una cerilla y a los cinco minutos me apago. A veces no. A veces consigo permanecer tranquilo, sereno en la tempestad, y veo a Julia que dice que no la respeto, y veo a Jaime oyendo a Julia en silencio, y me veo muy lejos, muy lejos, sin Julia, sin Jaime, muy solo, muy solo...

Pero por lo mismo que no me gustan las riñas, trato de evitarlas. Julia llevaba una semana encerrada en su papel de esposa ofendida. Yo hacía como que no me enteraba, pero la situación era demasiado tensa y duraba más que de costumbre. Pensé entonces en invitar a Claude una noche, “¿se te pasó pronto la borrachera del otro día?” (y Julia delante, claro). “Yo llegué muy tarde a casa” (y miraré distraídamente a Julia). Nada de Martha ni Hélène,

por supuesto. Pero para evitar esos nombres tendría que advertir a Claude de antemano, y huelo algo innoble en eso.

Enterré el proyecto, pero la realidad (la otra, la cotidiana) lo copió y lo presentó disfrazado con motivo del encargo para Osaka.

Fue el propio Claude quien me dio la noticia por teléfono esa misma tarde. Después de rechazar a los demás concursantes, el Gobierno me había escogido para añadir unos murales en el pabellón de Quebec en la feria de Japón.

–Te espero en casa –le dije, pensando todavía bajo el influjo del proyecto que esa mañana había desechado–, a las ocho. Iremos al restaurante.

No dije nada del asunto a Julia, y le pedí que se arreglara para salir a la noche. La esposa mártir aceptó con un leve movimiento de su cabecita. Y luego durante la cena, sentí que el diablo debía estar conmigo. El encargo del Gobierno tuvo la virtud de borrar la ofensa de su rostro.

–¡Pero, cómo! Jaime..., ¿por qué no me has dicho nada? ¡Es estupendo! –Poder esquiar en las pistas japonesa, qué maravilla...–. ¿Vendrás tú también, Claude?

Yo había pensado en él para que me acompañara como ayudante. Me miró, esperando mi respuesta..

–¿Qué dices, aceptas?

Brindamos de nuevo, y yo vigilé discretamente su copa para evitar otra posible escena. Como si mi pensamiento le hubiera llegado, Claude, que contaba a Julia nuestro encuentro, habló de mi visita a su estudio. ¡Qué bien copia las cosas esta realidad! Estaba seguro de que al hablar de nuestro paso por el café –yo solté el nombre del establecimiento, abriendo el camino a Claude–, él

hablaría de cerveza –riendo, claro–, omitiendo a Hélène, vamos, a Martha y a Hélène, pero sobre todo a esta última.

La realidad no me defraudó. Cumplió su papel de fiel reproductora, sacando una fotografía de mi plan, porque la realidad (esta, la cotidiana) no es más que eso, una cámara fotográfica –buena o mala, depende– que capta nuestros ensueños.

IV

Quién diría que aquel animal fuera capaz de una cosa así. Pero me suspendió. ¿Verde, marrón? ¿El Burro...? ¿por qué el Burro?

–Mírale los dientes, mírale las orejas, mírale la cara, coño, que pareces tonto.

Entraba balanceándose. Parecía borracho.

–¡Qué va! ¡De puro viejo!

Le gustaba presumir de fuertote. ¡Con sesenta años que parecían ochenta!

–A ver, tú, Machado, que estás en Babia. A ver, dime tú... el futuro imperfecto del verbo *Être*...

Y Machado, que no sabía hablar ni su lengua; el bestia de Machado. Lo odiaba desde la vez del Gimnasio: “Mira, mira..., ¡si tiene piernas de mujer!” Y claro, en seguida el remolino. “Qué bonitas... a ver, a ver, ¡huy, chica!” Y había que soltar dos o tres puntapiés y mandarlos a la mierda.

–*Je fus, tu fus, il fut, nous fumes...*

–¡Calla, burro! Ven, ven, que te voy a dar un puñetazo...

Y Machado:

–¡No, don José, no!, que es usted muy fuerte!... ¡Ay! ¡ay!... ¡Don José, que hace mucho daño!

Y el condenado hacia un amago de dolor, y toda la clase: “¡Otro! ¡otro! ¡otro! ¡otro, don José!”. Y el Burro se acercaba lentamente, el puño todavía cerrado, y se so-